

Las organizaciones político-militares en Santa Fe. ¿Cómo descentrarnos del debate violencia/política y consolidar una perspectiva de historia social-regio- nal reciente sobre la militancia de los '70?

Andrea Raina

Introducción

En los últimos años se ha abierto un intenso debate acerca de la tensa relación entre violencia y política en los años '70 en la Argentina. Si bien muchos autores han tomado el eje de la violencia política como un objeto de investigación específico (Calveiro; Vezzetti; Hilb), la referencia a las organizaciones político-militares (OPM) incluye en sí misma esta polémica. Si hubo un “proceso de militarización” en las organizaciones y si esto implicó un aislamiento político respecto del movimiento social son los ejes principales del debate abierto. Al respecto, en este trabajo se analizan comparativamente dos abordajes historiográficos recientes sobre las principales OPM del país, PRT-ERP y Montoneros: “Los combatientes. Historia del PRT-ERP” de Vera Carnovale (2011) y “Montoneros del barrio” de Javier Salcedo (2011).

A través del análisis comparativo de los dos autores interesa visibilizar que, aun cuando la centralidad de los análisis está puesta en las OPM, las consecuencias historiográficas del debate por la violencia política siempre abierto obturan de distintas maneras las reflexiones sobre las experiencias concretas de las OPM.

La finalidad de este artículo es introducir los tópicos que se consideran fundamentales para consolidar la perspectiva historiográfica que se intenta adoptar en función de los objetivos principales de la investigación en curso.

Dichos objetivos versan en torno a la comprensión de los orígenes y dinámicas de funcionamiento de las OPM en la ciudad de Santa Fe y a la inteligibilidad de los sentidos que los actores les adjudican a sus acciones y discursos. De esta manera, al tratarse de un estudio de caso, es de principal interés la definición del enfoque dentro de la historia reciente como una historia social-regional.

Reflexiones a partir de un análisis comparativo

Los trabajos de Vera Carnovale y Javier Salcedo constituyen dos textos académicos recientes —publicaciones de tesis doctorales de la carrera de historia— que intentan realizar un análisis renovado e integral de las principales OPM del país durante la década del '70. Aunque se trata de planteos disímiles respecto a sus objetivos en general, cabe vincularlos y profundizar fundamentalmente sobre dos ejes: por un lado, las cuestiones atinentes al *campo historiográfico*, atendiendo a preguntas tales como ¿qué influencias o paradigmas historiográficos son identificables en cada trabajo?, ¿cuáles son sus marcos interpretativos explícitos e implícitos respecto a la cuestión de la violencia política?; en definitiva, ¿qué tipo de estudios potencian?

Por otro lado, en función de una pregunta que recorre ambos trabajos y que se relaciona con los *procesos identitarios* que envuelven a las OPM estudiadas, nos proponemos analizar las posiciones de ambos autores respecto a esos procesos desde el prisma teórico de los historiadores sociales ingleses que vinculan los conceptos de *experiencia*, *interés*, *identidad* y *acción*, de forma que esta observación resulta provechosa al coincidir en intenciones con el propio objeto de investigación.

Cuestiones historiográficas y representaciones de la violencia política

Siguiendo la propuesta analítica de Omar Acha (2012), se esbozan algunas reflexiones en torno a las influencias que los paradigmas historiográficos vigentes tuvieron sobre los abordajes teóricos de Carnovale y Salcedo. Inmerso en el estudio de los trabajos que abordan la década del '70 y preocupado por las perspectivas interpretativas que definen a la violencia como el *horizonte de experiencia* característico de esa época, Acha presenta un esquema de marcos interpretativos vigentes y ordena los debates en torno a la violencia política según estas *diferentes actitudes hermenéuticas* (Acha, 2012). De ma-

nera general, se pueden observar dos tendencias antagónicas en las corrientes que caracteriza el autor.

Por un lado, un grupo de trabajos que —aun con matices muy importantes entre ellos— comprenden a la violencia política como una unidad. Autores como Pablo Pozzi (2004) o Alejandro Schneider (2006) la interpretan en este sentido: como una dimensión de la experiencia de la clase trabajadora atravesada por injusticias y represiones, como un emergente de su cultura política. Dentro de esta tendencia general se puede ubicar al grupo CICSO (Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales) con sus principales referentes: Juan Carlos Marín (2007), Inés Izaguirre (2009) y De Santis (2010) quienes, con una amplia influencia marxista, propusieron tempranamente un esquema que presenta a la violencia social y política a partir de una teoría de las clases sociales y de la acción bélica: *confrontación y guerra civil* como parte de la lucha de clases (Acha, 2012). En relación a las OPM reclaman que se han autonomizado respecto a la lucha de clases, pero por otro lado matizan esta crítica y las consideran un aspecto particular de la guerra social.

Por otro lado, y en forma muy distinta, dos grupos de trabajos coinciden en la noción de escisión entre violencia y política. Abonan a esta visión quienes creen que la lucha armada constituyó la reacción necesaria frente a una violencia sistémica precedente. Esta posición la sostiene una generación de sobrevivientes de la época —protagonistas o testigos— que más allá de comprender el accionar de las OPM realizan sus reproches ante lo que consideran el *desvío militarista* y el alejamiento del movimiento social popular. Los trabajos de Anguita y Caparrós (2006), Mattini (1990) y Rozitchner (1996) se encuentran en esta dirección. De manera muy diferente, la posición de autores como Vezzetti (2009) y Claudia Hilb (2013), entre otros, considera que las OPM representaron una expresión *delirante y extraviada* de la violencia instituida como idioma de la política. La violencia se erige como sistema de pensamiento y acción; el pasado militante de los '60 y '70 es señalado como *mesianico o jacobino*, y la militancia revolucionaria como encriptada en esa época. Acha denomina a esta perspectiva *progresismo socialdemócrata*, que surge bajo la huella de la democracia alfonsinista y caracteriza fuertemente el paradigma historiográfico hegemónico (Raina, 2013).

Con este panorama, se dirige la atención a los trabajos de Salcedo y Carnovale. En el caso del primero, a lo largo del libro se pueden observar algunos

vaivenes teóricos e historiográficos, ya que en numerosos pasajes se limita solo a exponer planteos de diversos autores sin dejar muy en claro su propia postura. De todas maneras, de la lectura completa de su investigación se puede extraer una serie de preceptos. Al explicar los orígenes de las OPM en el país, comienza analizando el período de fines de los '50 y comienzos de los '60, con la aparición de los primeros focos guerrilleros rurales y urbanos que fracasaron a mediados de la década. Parte del contexto internacional refiriéndose a los acontecimientos claves que hacían al clima político de la época —la revolución cubana, la guerra de Vietnam, el Mayo Francés, entre otros— para rastrear los antecedentes en la Argentina que expliquen la aparición de la guerrilla en el país. Más allá de esta *irrupción externa* de ideas y prácticas políticas, termina concluyendo que el crecimiento de las organizaciones fue significativo a partir del año 1969 como respuesta popular a las políticas represivas de la dictadura de Onganía. En este sentido, Salcedo parece adherir a la corriente que interpreta a la violencia política como la emergencia de una *mentalidad* condicionada por todos los procesos nombrados (proscripción del peronismo, revolución cubana, onganiano) que constituyeron factores desencadenantes de un *ciclo de violencia* que culminó con la dictadura militar de 1976-1983.

Para el autor, el *juego* de la política con la violencia resulta incomprendible en determinadas coyunturas. Así, cuando analiza el origen de las tensiones generadas entre la conducción nacional y Montoneros de Moreno a comienzos del año 1973 asegura que las contradicciones que se generaron tuvieron estricta relación con el hecho de haberse conformado como organización militar y pretender ser, a la vez, política y de masas. La militancia local reclamaba a la conducción nacional estas contradicciones ante eventos tales como la explosión de una bomba molotov en el *Merlazo*, que supusieron tensiones en el contexto de proximidad del retorno de Perón y con él, a su entender, el de las instituciones políticas democráticas. En este mismo marco, la conducción nacional enviaba a un militante a formarse como cuadro militar a Cuba y a China. Salcedo se pregunta por qué Montoneros seguía formando cuadros si el *luche y vuelve* ya se había hecho realidad y las elecciones democráticas estaban a punto de ocurrir. Más allá de que encuentra respuestas a esta pregunta en concreto —la posible *ingobernabilidad* de Perón o la preparación de unas Fuerzas Armadas propias que respondieran al *gobierno*

popular—, Salcedo resume todas las tensiones entre la conducción nacional y la militancia local en los hechos armados y en la *no percepción* de Montoneros de la nueva coyuntura abierta con Perón en el país.

Por su parte, el planteo de Carnovale adscribe claramente al denominado *progresismo socialdemócrata*, escindiendo violencia de política e impugnando a las izquierdas por *no haber desarrollado políticas democráticas*. Se evidencia, de esa manera, un anacronismo de representaciones políticas de una década posterior.

Bajo este prisma, Carnovale observa a los actores sociales y pone en cuestión su racionalidad al considerar que se encuentran *capturados* por la pasión del ideario de la época, que tiñe el imaginario que determina sus acciones. De esta manera, según el análisis de la autora, la capacidad de agencia de los actores se ve significativamente disminuida, lo cual es manifestado claramente en la hipótesis de su libro:

...aquellos hombres actuaron en todo momento con aquello que portaron: un conglomerado de formulaciones y creencias que no podía sino impulsar la acción armada de la organización, articulado con un puñado de mandatos morales definitivamente irrenunciables en tanto hacían a su propio ser revolucionario” (Carnovale, 2011: 22)

Su investigación se va a centrar, por tanto, en estas formulaciones ideológicas, representaciones, prácticas y valores que han determinado —a su entender— no solo la línea política de la organización sino también los sentidos de los actos para quienes la integraban. Precisamente, el eje de su estudio se basa en que el imaginario sobredetermina los sentidos de las acciones de los sujetos y, por lo tanto, indaga en esa conformación. A lo largo del libro, analiza todos los aspectos referidos a la militarización: sus causas, sus fundamentos político-ideológicos, los mandatos que implicaban a los militantes, las figuras del enemigo que servían a la identificación, etc. Sin embargo, cabe destacar que en esta caracterización no distingue tan explícitamente las diferentes etapas por las que pasó el partido desde sus orígenes hasta su caída, y con ello realiza una objeción muy fuerte respecto a la *persistencia* en la lucha armada. Detrás de este cuestionamiento se encuentra otra pregunta, central para su postura: “¿qué hacía que la dirección del partido sólo pudiera ver, en

la realidad que la rodeaba, la inminencia más o menos costosa, de una victoria segura?” (Carnovale, 2011: 220). Y aquí es donde reafirma su hipótesis de que “las nociones bélicas que poblaron la forma de pensar y concebir la política, la fuerza religiosa de los mandatos e imperativos resultantes de una iconografía signada por la heroicidad, el sacrificio, y el martirio no pueden, sin lugar a dudas, estar ausentes de la respuesta” (Carnovale, 2011:222). Subyace la idea de que bajo este paraguas de fuerzas bélicas y religiosas los militantes actuaron en todo momento, desde sus inicios hasta su caída, convencidos de que ganarían la guerra revolucionaria; por lo tanto, se presenta a la lucha armada como irracional, ilógica y suicida. Desde esta perspectiva el rumbo inevitable estaba marcado por un ideario al que adscribieron —que subsumía lo político en lo militar— y en el que no había posibilidad de dar marcha atrás en la escalada violenta. El punto discutible aquí es que aun cuando se puedan aceptar las características del ideario revolucionario —que la autora analiza pormenorizadamente— que condujo a la acción e identificación de los militantes, cabe problematizar acerca de las lecturas políticas de los propios actores en relación a las coyunturas que iban atravesando. Es decir, aunque haya habido errores, ¿esto implica que no tenían lecturas políticas de los acontecimientos que sucedían y que ellos generaban? ¿significa, incluso, que sus errores no fueron *políticos*?

Retomando los puntos del comienzo, interesa cerrar este apartado con algunas reflexiones respecto a las implicancias teóricas que la adscripción a los paradigmas historiográficos descritos, de alguna manera, imponen. De igual forma, cabe preguntarse por los estudios que se derivan de las perspectivas planteadas. Como se ha observado, en la breve exposición de cada uno de los postulados generales de los libros, no sería desatinado afirmar que la ruptura o fractura conceptual con el paradigma dominante —lo cual conduciría a pensar en una generación nueva, que tiene una mirada distinta de la anterior— no se ha producido en estos dos casos. En Salcedo se puede visualizar un complejo entramado de actores y relaciones sociales —ámbito nacional y local interrelacionados— bajo un análisis pormenorizado que evidencia una posición muy interesante respecto a los sujetos como *agentes* de la historia. Asimismo, el enfoque de estudio de caso, si bien le permite profundizar en diversos aspectos, no lo limita al marco local a la hora de reflexionar sobre la historia colectiva de Montoneros. Reconstruye las múltiples implicancias de los vínculos de la organización local con la conducción nacional por un lado, y

de esta última con Perón por otro, sumando las diferentes representaciones que cada una tenía en un recorrido que parte de lo particular para llegar a lo general.

Sin embargo, el *paradigma socialdemocrático* tiñe las interpretaciones del autor y los sentidos que se desprenden de su trabajo abonan a una posición en la cual no se distinguen las acciones de los actores sociales de su propia lectura sobre ellas. Así, resulta paradigmático cuando analiza en el capítulo 7 la conflictiva relación de Perón con Montoneros. Allí afirma que para llegar a la revolución, *la Orga* consideraba que debía eliminar una serie de *vicios* que eran consecuencia de la errónea conducción de Perón. Salcedo expone el primero de ellos —que la organización se debía una *ofensiva revolucionaria* ya que la toma del gobierno en el '73 se había dado por una retirada de la dictadura, pero que esto era contradictorio con la democracia liberal— y se pregunta: “si Perón gobernaba desde las instituciones de la democracia liberal y había que eliminar ese vicio congénito del proceso, ¿había que eliminar políticamente a Perón, a la democracia liberal o a ambos? (...)” (2011:207). Continúa con esta lógica dejando entrever explícitamente su posición y la objeción que realiza a los actores:

la liberación de los guerrilleros presos, *que se podría haber logrado respetando los tiempos políticos e institucionales del nuevo presidente*; o las tomas de edificios que, si no provocaron la caída de Cámpora, sin duda contribuyeron a su renuncia, ¿era cuanto peor mejor? (Salcedo, 2011: 207, el resaltado es mío).

En los dos autores, entonces, si bien se evidencian objetivos disímiles y caminos diferentes de abordaje de las principales OPM del país se hallan, por otra parte, pretensiones similares en cuanto a plantear miradas renovadoras, pero que no encuentran correlación suficiente como para marcar un nuevo *horizonte de expectativa* desprendido de los legados que ambos cargan. No se trata de abogar por un imposible e indeseable objetivismo, sino justamente traspasar ciertas posiciones heredadas y con lo que aportan estas perspectivas, potenciar miradas innovadoras.

Cuestiones de historia social para analizar los textos en conjunto

Una pregunta que recorre ambos trabajos se relaciona con los *procesos*

identitarios que envuelven a las OPM analizadas, tanto en su formación e integración como en sus manifestaciones discursivas y prácticas. Es interesante analizar las posturas de ambos autores respecto a esos procesos desde el prisma teórico de los historiadores sociales ingleses (Hobsbawm, 1983; Thompson, entre otros), que vinculan los conceptos de *experiencia*, *interés*, *identidad* y *acción* para observar los dos abordajes respecto a un problema similar. El concepto de *experiencia* alude a las vivencias en términos de acontecimientos, rutinas, prácticas sociales; es decir, complejos de relaciones interpersonales e intergrupales así como representaciones y producciones imaginarias. En otras palabras, hace a la realidad inmediata y a la manera en la cual esta es percibida y construida por los sujetos. A su vez, la experiencia se entiende como la base de la identidad, concebida como *sentimiento de pertenencia*. Respecto a la *identidad*, se la considera “una construcción relativamente estable en un continuo proceso de actividad social (...) incluso a nivel personal, la identidad no es totalmente interna al individuo sino que es parte de un proceso social” (Calhoun, 1999:92). La identificación de un grupo social depende de una cultura compartida, con símbolos, formas de sociabilidad, actividades e *intereses* propios que se manifiestan opuestos a otros grupos. Por su parte, las *acciones* —individuales o colectivas— que emprenden determinados grupos dependen en gran medida de la existencia de una identidad compartida, pero esto se produce en un proceso dinámico en el cual esta última puede variar también de acuerdo a las acciones e interacciones con otros grupos.

Es de destacar que ninguno de los dos trabajos hace una reflexión teórica explícita sobre sus propuestas de análisis. Realizan un profundo recorrido historiográfico de cada una de las organizaciones y argumentan sus posturas en contraposición a ciertas visiones establecidas en el campo, pero no ahondan en sus elecciones teóricas más allá de estas explícitas oposiciones. Con la intención de reflexionar sobre la difícil tarea de comprensión de la conformación y accionar de PRT-ERP y Montoneros, este apartado se propone el análisis de las lógicas interpretativas de los autores siguiendo el conjunto de conceptos propuestos.

Salcedo, por su parte, se pregunta principalmente por los motivos que condujeron a determinados actores a integrarse a la organización Montoneros en una zona como la de Moreno. Esta pregunta lo conduce a investigar todo lo que esta inserción significó para ellos, para la organización formada en la

localidad y para Montoneros en términos generales (la conducción nacional), visibilizando los impactos mutuos. Teniendo en cuenta los conceptos propuestos, se observa que el libro tiene una lógica que se podría resumir en la siguiente concatenación (sin que esto implique una relación lineal y directa o exenta de tensiones): parte de los orígenes de sus actores, analiza sus *experiencias de clase*, reconoce cuáles eran sus *intereses* y, a partir de allí, analiza sus *prácticas y acciones*, que los conducen hacia la gestación de una nueva *identidad* al integrarse en el colectivo. Es interesante la definición que realiza de los mismos —*sujetos* de estudio— a partir de la zona como lugar de militancia, dejando fuera del núcleo duro de investigación a quienes eran oriundos de Moreno, o vivían allí pero militaban en otras localidades. Asimismo, su recorte no está dado por la posición jerárquica que los sujetos tenían dentro de la organización. El análisis de este grupo de militantes permite visualizar una fisonomía distinta a la ya tratada por otros autores, lo que Salcedo denomina *grupos originales*. Componen el heterogéneo grupo de Moreno: la militancia gremial de la AOT (Asociación Obrera Textil); activistas barriales identificados con el peronismo; los denominados por el autor como *jóvenes revolucionarios*, algunos provenientes del catolicismo marxista que se acercaron una vez integrados a Montoneros, y otros oriundos de Moreno que hicieron lo propio a partir de las políticas de captación de la organización; y por último, integrantes de la COR (Central de Operaciones de Resistencia) de Moreno. De esta manera, la caracterización de los actores constituye un eje central del análisis —orígenes de los grupos, composición social, orientación política e ideológica, etc. — así como sus experiencias concretas tanto en el período de incorporación a la organización como en su desempeño durante el tiempo en que la integran, hasta las tensiones que conducen a la ruptura. Carnovale despliega su propuesta analítica enfatizando en las ideas, creencias, representaciones y valores que determinaron el accionar del PRT-ERP. Con la premisa explícita de no caer en la noción de *error* como categoría explicativa del accionar de la organización —que los ha conducido a la derrota, según las narrativas de muchos exmilitantes— la autora considera que para *comprender* al PRT-ERP (y no para realizar su evaluación política) hay que estudiar el *imaginario* del partido. Como se observó en el apartado anterior, en su análisis el imaginario sobredetermina los sentidos de las acciones de los sujetos. De esta manera, se centra en lo que denomina la *subjetividad partidaria*.

Retomando los conceptos propuestos, la lógica de la autora transitaría desde el *imaginario (ideario revolucionario)* hacia las *experiencias y acciones* de los sujetos que integraron y se identificaron con el PRT-ERP.

A diferencia de la propuesta de Salcedo, y aunque el objetivo de Carnovale sea más amplio al plantearse el estudio de la experiencia e identidad perretista en general, la autora no indaga en quiénes son los actores. Pensar un proceso de construcción identitaria de un partido con su brazo armado sin estudiar a sus miembros ni las experiencias concretas se torna, al menos, inquietante. Las conclusiones acerca de la identidad giran en torno al ideario revolucionario, su conformación y caracterización, y constituyen un aporte fundamental y necesario. Sin embargo, la postura de la autora presenta algunas tensiones a lo largo del texto. Cuando analiza la configuración del *enemigo* (clave para el estudio de las identidades: las identificaciones a partir de la diferenciación respecto del *otro*) indaga en la discursividad partidaria y descubre allí una doble acepción: asociado a la estructura de poder económico y político —el imperialismo—, por un lado, y a los agentes represivos del Estado, por el otro. La identificación por oposición al enemigo se muestra clara en diferentes proclamaciones de publicaciones partidarias como *Estrella Roja*, pero surgieron contradicciones con las experiencias de las *cárceles del pueblo*, donde la imagen del enemigo se empañaba por la empatía que podía producirse con los detenidos. Se evidencia una tensión entre los postulados del ideario y la experiencia concreta de los actores: si la revolución que proclamaban era de carácter socialista y antiimperialista, el enemigo estructural principal debía ser, en primer lugar, la burguesía y el imperialismo; y en segundo lugar, el enemigo uniformado —“ejército opresor”— custodio de los intereses de la clase opresora.

Pero en la experiencia cotidiana de la represión y el propio accionar de las Fuerzas Armadas en el entramado político-institucional (...) empujaban al colectivo a un énfasis inverso. De allí que, en el imaginario entonces la noción de enemigo se resolvía a favor del represor: el ejército (Carnovale, 2011: 142).

Este reconocimiento de una disyunción entre los postulados político-ideológicos y la experiencia/práctica de los actores —en el sentido de que

no son *rehenes* del ideario al punto de no haber fisuras entre imaginario y acción— supone una tensión importante con la hipótesis del trabajo. A la vez, está reconociendo que el imaginario (en este caso del enemigo) se termina definiendo a partir de una práctica, de una experiencia (y sin ser deterministas también hay que considerar que dicha relación es recíproca: luego el imaginario influye en la práctica y así sucesivamente) y no solo de postulados ideológicos preconcebidos y preestablecidos.

Un campo de estudios en construcción. ¿Por qué una historia social-regional-reciente?

Una historia social

Como se adelantó en la introducción, este capítulo tiene el objetivo imprescindible de reflexionar sobre la elaboración de un marco teórico para el objeto propuesto; en este proceso se piensan las prácticas y metodologías que involucran al historiador. De esta manera, los fundamentos básicos de la historia social se encuentran implícitos aquí. Por otro lado, al ser de interés ciertos conceptos que provienen de una tradición marcada por los historiadores sociales marxistas ingleses (Hobsbawm, 1983; y Thompson, fundamentalmente), la adscripción a este tipo de perspectiva también se encuentra implicada por ello. Conciernen a este proyecto los conceptos de *experiencia*, *interés*, *identidad*, *acción colectiva*, que también han sido trabajados por la sociología y otras ciencias sociales como la antropología. Por todo ello, se aboga por una historia social que se reconoce atravesada por múltiples miradas transdisciplinarias que marcan y caracterizan, en gran parte, el oficio del historiador.

Una historia regional

Se dispone a nivel nacional de un conjunto de estudios, de historiografía o ensayos periodísticos, que proveen de marcos generales para analizar las OPM. Estos trabajos, sin embargo, tienden a desarrollar una narrativa general que olvida las diferencias regionales.

El abordaje regional y local de la historia reciente implica considerar que el mismo es una forma de conocimiento histórico además de constituir el contenido de la investigación. Así, es importante tanto definir la zona de

estudio explicitando los criterios de su delimitación como considerar que este marco de análisis contiene la posibilidad de complejizar la mirada a través de un estudio en profundidad, que permite explicar y comprender el desarrollo de las OPM en claves con menor pretensión abarcativa que las de *alcance nacional*. Como afirman Gabriela Dalla Corte y Sandra Fernández

...cualquier estudio que se haga tomando como referencia un espacio concreto es, en realidad, un análisis de relaciones sociales producidas en una coyuntura determinada. Las unidades espaciales no tienen sentido en sí mismas, sino en cuanto a las prácticas sociales y culturales particulares y específicas que se conjugan en ellas (Águila, 2008:23).

En esta clave se ubica el estudio de Alicia Servetto (2010), que abarca diversos estudios de casos provinciales y los analiza bajo una perspectiva comparativa en vinculación con la coyuntura política general nacional de los años 1973-1976. De esta forma, su trabajo constituye un buen ejemplo de articulación de procesos múltiples y conflictivos entre situaciones en diferente escala, y con ello demuestra que los análisis históricos que incluyen este tipo de perspectivas potencian interpretaciones muy ricas y muchas veces innovadoras.

En lo que se refiere a la provincia de Santa Fe, en los últimos años se generó una creciente literatura acerca de las experiencias de la zona, que en general recoge en forma testimonial las violencias y agravios. Por sus especiales características, cabe destacar en ella un trabajo de realización colectiva de ex presos políticos de Coronda (localidad aledaña a la ciudad de Santa Fe) que narran sus experiencias de los años 1974-1979: *Del otro lado de la mirilla. Olvidos y memorias de ex presos políticos de Coronda* se centra en acontecimientos cotidianos dentro de la cárcel, registrando los dispositivos de control y las formas de resistencia al sistema represivo.

Respecto a la zona sur, denominada el Gran Rosario, se encuentra un mayor número de trabajos recientes que abordan desde identidades políticas y memorias de la militancia de la nueva izquierda peronista (Águila/Viano, 2004); experiencias de militantes de la guerrilla marxista (Pasquali, 2007) hasta fracciones de las OPM como Montoneros Sabino Navarro, que constituyen avances extraordinarios en el campo de estudios en construcción (Seminara, 2012).

En cuanto a la zona de interés —la ciudad de Santa Fe— no se observan mayores avances que los trabajos que viene realizando hace algunos años Fabiana Alonso respecto a Montoneros (2009 y 2012). Se propone el estudio de las OPM en la ciudad de Santa Fe no solo para relevar sus características locales, sino además para arrojar luz sobre aspectos poco explorados en la historia reciente desde la óptica de la movilización social y política. Teniendo en cuenta las especificidades del lugar, los vínculos de las familias tradicionales son muy fuertes y se torna fundamental el estudio de las *redes sociales* en la configuración de las agrupaciones, especialmente el papel de los lazos afectivos en las organizaciones clandestinas (Della Porta, 1995).

De esta forma, si bien las peculiaridades de la región manifiestan características situadas y conducen a efectuar elecciones teóricas determinadas para poder analizarlas, es un objetivo de este enfoque que los denominados *estudios de caso* adquieran el estatus de una perspectiva definida en la cual no constituyan una *particularidad de la generalidad*.

Una historia reciente

[...] a la hora de establecer cuál es su especificidad, muchos historiadores concuerdan en que ésta se sustenta más bien en un régimen de historicidad particular basado en diversas formas de coetaneidad entre pasado y presente: la supervivencia de actores y protagonistas del pasado en condiciones de brindar sus testimonios al historiador, la existencia de una memoria social viva sobre ese pasado, la contemporaneidad entre la experiencia vivida por el historiador y ese pasado del cual se ocupa. (Franco-Levín, 2007: 33).

Como afirman las autoras, los rasgos de coetaneidad entre pasado y presente vienen a marcar el sello propio de la denominada *historia reciente*. Pasados algunos años desde esta publicación, resulta ya claro que la historia reciente se ha constituido como espacio específico dentro del campo historiográfico profesionalizado (Alonso, 2007).

La producción académica del último tiempo ha estado volcada hacia el estudio de las *memorias* en el espacio público y hacia los procesos subjetivos de las experiencias vividas, utilizando como documento privilegiado los *testimonios orales*. En términos del campo académico, esta producción es

incipiente dado que —en un comienzo— la memoria de los '70 se encontraba monopolizada por los relatos de protagonistas de la época, con obras testimoniales o ensayos periodísticos que contenían diversos tipos de visiones heroicas respecto a sus pasados militantes. Debido a ello, los estudios de memoria así como la utilización de los testimonios orales han conducido a diversas discusiones teórico-metodológicas que continúan vigentes.

Interesa introducir, a modo de ejemplo, uno de los tantos debates abiertos por el uso de los testimonios orales en el ámbito de las ciencias sociales. Se trata de los trabajos de Alejandra Oberti (2009) y Beatriz Sarlo (2012). Comenzando con el análisis que realiza Oberti, se observa que su acento se encuentra en la importancia de las *condiciones de producción* de los testimonios: los diferentes contextos, afirma, determinan fundamentalmente las posibilidades de *lo audible* y *lo decible*. A partir de esta constatación desarrolla su argumento.

Por su parte, Beatriz Sarlo, preocupada por el *giro subjetivo* que atraviesan las ciencias sociales, contrapone a la *explosión testimonialista* otra forma de trabajar la experiencia del pasado reciente argentino. Plantea una dicotomía entre narración testimonial y argumentación académica que la conduce a cuestionar el uso de la voz testimonial en *primera persona* y a preguntarse por su legitimidad como producto directo de un relato. Dentro de lo que considera las *distancias* necesarias para la labor historiográfica, aboga por el uso de la tercera persona. Sarlo analiza los trabajos de Calveiro (1998) y de Ípola (2005) y rescata de ellos el modo de presentación en tercera persona y la preocupación por una metodología de investigación. En este punto Oberti coincide con ella; pero se diferencia de su planteo cuando Sarlo va más allá de esta crítica metodológica-estilística y propone que existe un problema en el *uso público* de los testimonios. Oberti no puede dejar de preguntarse por las condiciones de posibilidad y de producción de los testimonios referidos al pasado reciente, en particular a la última dictadura militar argentina. La pregunta que persiste en ella es

¿Por qué en contraposición a la gran proliferación de narraciones testimoniales que abordan el pasado reciente, las ciencias sociales se mostraron más pudorosas a la hora de hablar sobre ese pasado, sobre todo en los primeros años de la transición?” (Oberti, 2009: 129).

Fundamentalmente se contraponen a Sarlo al plantear que el límite de los testimonios es epistemológico y no ontológico: el problema no es el *yo subjetivo* sino *el uso* que se hace de los testimonios y su interpretación.

Oberti se pregunta también por los alcances de los archivos del pasado reciente argentino. Concluye que si lo que se busca es una aproximación a los modos en que los sujetos se constituyeron en tales, si se quiere desentrañar qué tipos de sujetos constituyeron determinadas prácticas, los textos de época no son suficientes. Las dimensiones subjetivas de la militancia solo se pueden rastrear en las huellas de un testimonio oral plagado de un universo de significaciones. Un testimonio es significativo por lo que dice, por cómo lo dice, por hablar en nombre propio y en nombre de otros que no pueden hacerlo, por cuándo y en qué circunstancias lo dice... y luego también por el uso que se le da. Como afirma Pollak

...todo testimonio sobre una experiencia extrema pone en juego no solamente la memoria sino también una reflexión sobre sí. Es por esto que los testimonios deben ser considerados como verdaderos instrumentos de reconstrucción de la identidad, y no solamente como relatos factuales, limitados a una función informativa” (2006:13).

De la misma manera, *las memorias* presentan esta característica de variación en el tiempo. La memoria de actores individuales o colectivos implica un tipo de relación de los mismos con el pasado. Si bien este último es inmodificable, sus sentidos sí son variables y dependen de los tipos de representaciones que se erijan en torno a él. Las memorias constituyen este tipo de representaciones del pasado construidas por distintos grupos, que a su vez pueden ser modificadas por diversos factores externos a lo largo del tiempo.

En vistas de los propósitos de este estudio, el uso de testimonios orales y las consideraciones sobre las memorias militantes constituyen dos ejes ineludibles a trabajar.

Consideraciones finales

Ante este panorama de un campo consolidado en algunos aspectos, pero todavía en construcción en varios otros, y a raíz de la consideración de que ciertos enfoques heredados continúan vigentes y que son adversos al plantea-

miento de la perspectiva que se intenta construir, surgió la pregunta: ¿cómo romper con las estructuras heredadas y plantear una mirada verdaderamente renovadora? En ese sentido transitó la primera parte del texto, advirtiendo que el debate no resuelto por la violencia política continúa obstruyendo los análisis históricos sobre la militancia de los '70. De tal forma esto manifiesta que, aun cuando los estudios del pasado reciente se han multiplicado en el último tiempo,

la negación de la racionalidad a las acciones humanas estructuradas por una estrategia revolucionaria en los setenta, a favor de representaciones o imaginarios que las atraparon, delata el carácter inicial de las indagaciones histórico-sociales y políticas de los largos años setenta (Acha, 2012: 190).

Como se afirmó, la intención de este recorrido versaba en la propia elaboración de un marco teórico de análisis de un estudio de caso. Las observaciones hechas aquí serán consideradas para tal fin y esperan ser parte de una construcción consciente y crítica del campo de investigación en formación, dado que la única manera de comenzar a romper conceptualmente con el paradigma historiográfico socialdemócrata vigente es planteando preguntas innovadoras, dentro de sus marcos, pero potencialmente disruptivas.

El desafío también consiste en la integración de los enfoques desarrollados (historia social-regional dentro de la historia reciente) en una perspectiva que posibilite la superación de las visiones de *lo local* como mero elemento constitutivo de *lo nacional*, es decir, como un fenómeno social estructurado y sin capacidad estructurante. Contrariamente a una visión como esta, se atiende a la dimensión *dual* de la estructura, o sea, a que las formas del lazo social y las acciones de los sujetos son capaces de transformar esos marcos constrictivos o de dotarlos de diversos sentidos (Alonso, 2011).

Bibliografía

- Acha, O. (2012). *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires: Herramienta.
- Águila, G. y C. Viano (2004). Identidad política y memoria en l@s militantes de dos expresiones de la nueva izquierda peronista en el Gran Rosario,

- en *Revista Socio-histórica. Cuadernos del CISH* (13/14), La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Águila, G. (2008). *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en Dictadura*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Alonso, F. (2009). Peronismo y lucha armada: fuentes orales para el estudio de la constitución de Montoneros en Santa Fe (1968-1971), en *CD Jornadas Interescuelas N° 25*, Universidad Nacional del Comahue.
- Alonso, F. (2012). De infiltrados y traidores. Montoneros, entre la ofensiva de la ortodoxia en el peronismo santafesino y la ruptura, en *Actas de las VI Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, Santa Fe, UNL. Disponible en <http://www.riehr.com.ar/investigacion.php>
- Alonso, L. (2007) *Sobre la existencia de la historia reciente como disciplina académica: Reflexiones en torno a Historia reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción*, compilado por Marina Franco y Florencia Levín. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-95042007000100010&script=sci_arttext
- Alonso, L. (2011). *Luchas en plazas vacías de sueños. Movimiento de derechos humanos, orden local y acción antisistémica en Santa Fe*. Rosario: Prohistoria.
- Anguita, E. y Caparrós, M. (2006). *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, (Tomos 1-5). Buenos Aires: Editorial Planeta
- Calhoun, C. (1999). El problema de la identidad en la acción colectiva, en Auyero, J. *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Calveiro, P. (1998). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina* Buenos Aires: Colihue.
- Carnovale, V. (2011). *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- De Ipola, E. (2005). *La bamba. Acerca del rumor carcelario y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Della Porta, D. (1995). *Social movements, political violence and the State. A comparative analysis of Italy and Germany*. Cambridge: Cambridge University Press.

- De Santis, D. (2010). *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP, documentos*. Tomo I, volumen I. Buenos Aires: Ediciones Nuestra América.
- Franco, M. y Levín, F. (comp.) (2007). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Hilb, C. (2013). *Usos del pasado. Qué hacemos hoy con los setenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hobsbawm, E. (1983). De la historia social a la historia de la sociedad, en *Marxismo e historia social*. Puebla, UNAP.
- Izaguirre, I. y colaboradores (2009). *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1973-1983. Antecedentes. Desarrollo. Complicidades*. Buenos Aires: Eudeba.
- Marín, J. C. (2007). *Los hechos armados*. Buenos Aires: Ediciones PI.CA. SO/ La rosa blindada.
- Mattini, L. (1990). *Hombres y mujeres del PRT-ERP (la pasión militante)*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto.
- Oberti, A. (2009). Lo que queda de la violencia política. A propósito de archivos y testimonios. *Revista Temáticas*, Brasil.
- Pasquali, L. (2007). *Memorias y experiencias en las y los militantes de la guerrilla marxista. Un abordaje desde la historia social en el Gran Rosario, 1969-1976*. Rosario: Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Pozzi, P. (2004). *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP. La guerrilla Marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Raina, A. (2013). Reseña de Omar Acha *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires, Herramienta, 2012, 208 págs. Disponible en <http://www.contenciosa.org/Sitio/VerArticulo.aspx?i=11>
- Rozitchner, L. (1996). *Las desventuras del sujeto político. Ensayos y errores*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto.
- Salcedo, J. (2011). *Los montoneros del barrio*. Buenos Aires: Eduntref.
- Sarlo, B. (2012). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo, una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Schneider, A. (2006). *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo*

- 1955-1973. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Seminara, L. (2012). *Bajo la sombra del ombú. Montoneros Sabino Navarro. Historia de una disidencia* (Tesis Doctoral inédita). Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Servetto, A. (2010). *73/76, el gobierno peronista contra las provincias montoneras*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vezzetti, H. (2009). *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires, Siglo XXI.